

desde la literatura

Mi mejor amiga

María Teresa Priego

En el origen, fue el pantano. Quizá es allí donde reside la explicación. En el caso de existir explicación posible. Tendría que mencionar que hoy es una noche muy oscura y que tuve una amiga durante treinta años. La misma. Mi mejor amiga. Una de estas amigas de sangre y muerte. La de todas las fidelidades y todas las promesas. Tendría que mencionar que ella y yo nos habíamos acompañado desde la infancia. La noche y el café hoy son muy oscuros. Quiero hablar de ella. Quiero hablar de mí. Cazar entre tinieblas las palabras. Cercar mi tristeza y desmenuzarla. Hasta un punto. Siempre hay ese punto que obliga a detenerse. Una puerta cerrada. Un territorio de lo increíble.

Es una historia de mujeres. Es tal vez una típica historia de mujeres. Enunciarlo así puede parecer una disculpa, o por lo menos una justificación. Como lo del pantano. Puede haber en la exposición de los orígenes y el género un profundo deseo de simulación. Esconder mi rabia, por ejemplo. La furia que deja, cuando mal acaba, una historia de 30 años. Pero si mi rabia estallara, si la desilusión tomara su lugar, si al paso de los meses se disolvieran el enojo y la furia, todavía habría un fondo. Esa es la verdad. Un fondo de dolor y de abandono. Un oscuro fondo parecido a la orfandad.

¡Que viva el anecdotario!

Pero ¿no habrá la posibilidad de que haya escuchado mal? Tuve una pesadilla y Mi amiga me detestaba. Estamos en la sala de mi casa. Mi hijo acaba de nacer. Me destriparon. Estoy gorda, hinchada, me duele todo y este fue mi último hijo. Nadie me preguntó. Simplemente fue el último.

Estoy en la sala de mi casa e intento explicarle que no puedo dormir. Ni media hora. Intento explicarle que esta vez la palabra castra-

ción no es una referencia nada más simbólica. Hay algo que sabe a muerte. Hay algo que cambia brutalmente. Si me duermo no me voy a despertar. Estoy tratando de hablarle de hemorragias y transfusiones para conjurar ese miedo absurdo de cerrar los ojos y no despertarme más. Es mi mejor amiga. Es decir, es la única persona sobre la faz de la tierra ante la cual podría mostrarme tan horriblemente aterrada, tan aparatosamente vulnerable. Estoy en mi ropa de maternidad porque no quepo en nada. Ni siquiera en mis zapatos. Y le digo que me siento muy frágil, que me siento muy fea, que me siento excesivamente mortal. Da la impresión de que me está acompañando. De que me quiere tanto. Como en el patio de aquella miserable escuela de monjas, como en nuestros encuentros —esporádicos e intensos— cuando yo regresaba a México. Tiene una mirada extraña. Una que nunca le he visto. Me siento sola en este país que ya no es mío. Pero ella me está escuchando. Ella va a legitimar mi dolor y mi rabia. Les dará un sitio. Y me voy a ir a dormir por fin segura y protegida, con mi amiga esperándome en esa otra orilla que es la mañana. Entonces suspira y me lo dice, es decir, se lo dice a esa pobre tipa que era yo con su susto y su arsenal de medicinas bajo el brazo. “Siempre pensé que tú eras más guapa”. Una humillación y una tortura. “Te odiaba por eso” —me lo dice porque ella es muy honesta. “Te odié porque te miraban a ti”... Y me lo dice así, en pasado como si me estuviera enterrando. Soy de pronto la imagen del *has been* con las tripas en las manos. Amiga ¿estás allí? Mi hijo estuvo a punto de no respirar. ¿Me estás escuchando? Te estoy diciendo que he sido la mayor parte de mi vida una mujer que podía hacer el amor y tener un hijo. Te estoy diciendo que Nunca más. Todo esto en dos horas. Te despiertas así, como si fueras otra. Se toma su café a sorbitos. (Quizá no me expliqué. No me escuchó...) Y me lanza la mirada de triunfo más brutal que me haya sido dado observar en mi vida.

Volver a la adolescencia y a ella. Sintiendo que ambas me engañaron. Con mi aprobación. Con mi rendida complicidad. Esta idea me persigue: la complicidad. La tropiezo cada que intento comenzar el duelo. O vivirlo. O desterrarlo. Supongo que no puedo ser La Víctima. Supongo, porque se necesitan dos para bailar un tango, que treinta años de escandalosa sordera de mi parte no pueden más que responder a un oscuro mecanismo de gozo y conveniencia.

¿Cómo pude no darme cuenta? ¿La quería demasiado? ¿Existe eso: querer demasiado? O más bien, eso que uno llama “demasiado” es sólo

una distorsión que hace pasar por la cantidad una mera cuestión de calidad. *A posteriori* diría que la quise de manera extraña. Aceptándola e inventándola. La quise a ella y quise a otra que no existía, que no tenía nada que ver con ella pero que las dos depositamos en su persona. Como si se pudiera. Es tan confuso. Partamos de esta división en este caso esencial: la persona y el personaje. La que era y la que hubiéramos deseado que fuera. La que construimos aplicadamente durante 30 años y que a ella le permitía soñar con una vida distinta y ¿a mí? Me ofrecía la ilusión de no estar sola. Expulsada en solitario del pantano y los orígenes. Suena lindo. Pareciera que al inventarla distinta nos salvábamos ambas. Intento decir que quise a su personaje porque me lo pidió. Pero seguramente también porque me era indispensable. Quizá una no puede salvarse sola. Quizá solo esa fantasía de ser iguales, codo a codo, sostenía mi huida y me permitía enfrentar la maldición posible. ¿Cuál? La que azota tarde o temprano a las transgresoras.

¡Que viva el anecdotario!

—Ay, ya te vas a divorciar otra vez.

—¿Qué te pasa?, si estoy muy contenta.

—No sé, es una intuición, tú eres así.

—¿Así cómo?

—La gente como tú acaba mal. Yo en cambio he sabido hacer una familia. Soy una mujer estable.

—¿Qué demonios quieres decir con eso de “la gente como tú”?

—Bueno, dejaste ir buenos partidos ¿no?, muy buenos, y ahora estás contenta, pero puede cambiar. Dejaste ir muy buenos partidos ¿no? Yo en cambio me casé muy joven y mantengo mi matrimonio. Soy una mujer muy estable.

—Oye, suena a que me lo estás deseando. Y ¿qué es eso de “la estabilidad”, de la pinche estabilidad a ultranza?

Escena del derrumbe, lloraba en el teléfono, pedía disculpas. Era muy infeliz, era un monstruo que envidiaba la felicidad de su mejor amiga. Ella hubiera querido largarse, hacer otra vida, tenía yo que perdonarle sus deslices verbales. Se había casado tan joven. Una vez más, los únicos tragos amargos de la vida le habían tocado a ella. Una vez más su sufrimiento, su humildad, eso que yo llamaba maravillada “su enorme honestidad”, borran sus palabras. Una vez más sentí esa cul-

pabilidad corrosiva, como si en mi felicidad me apoderara de algo que no me correspondía. Una vez más era urgente consolarla.

Deseamos que ella hubiera sido esa adolescente rebelde junto a la cual se planeaban todas las rupturas y se lustraban los mitos. Lo deseábamos las dos. De cuanto mito recreamos, este fue el mejor. El más firme y el más duradero. Mi amiga nunca mostró el más mínimo arranque de rebeldía. No le interesaba, no lo necesitaba. Era una buena muchacha. Y ni ella no yo estuvimos dispuestas a permitirlo. Quizá este fue el principio de la gran confusión. Mi exigencia —tan vasta como la suya— de que fuera otra. Una exigencia canalla. Sin duda. En la cual me acompañaba.

Durante estos últimos meses, a partir de mi regreso a México, estaba extraña. Nuestra amistad, sostenida primero a una distancia larga y más tarde a una distancia muy larga, se confrontaba después de años a una cierta cotidianidad. Mi regreso coincidía con su crisis. Había que escucharla. Ahora pienso que mi regreso detonaba la crisis. Que sin saberlo, ni desearlo, mi presencia la obligaba a devolverme eso que consideraba partes de ella y que en realidad era yo. No cupimos en la ciudad. No fue lo suficientemente grande para que respiráramos las dos. Se guardó sus espacios y sus amigos, pero quería los míos. Mi espacio era suyo, mi voz, mis esfuerzos, mi historia eran suyos. Era suyo mi cuerpo. Me dejó mis errores y mis fracasos, esos sí, habría que reconocerle una cierta generosidad.

Hay algo que se desgarró adentro. Como un ¡carajos! Monumental. Trato de ver a mi amiga, verla quizá por primera vez, en la realidad, en su vida. La foto más lejana es un recorte de periódico, usamos el uniforme de la escuela secundaria. Fijo la mirada en esa muchacha, debe de tener trece o catorce años. Posa con una sonrisa excesiva. Me provoca mareo mirar esa foto. Nunca fue una muchacha bonita. Y no es grave. A menos que las dos hubiéramos exigido que lo fuera. Como si la aceptación de la realidad, o de nuestras posibles diferencias tuviera un algo de imperdonable.

Me provocó siempre una ternura inmensa. Era una buena muchacha empeñada en caer bien, en hacerse aceptar por los notables del pueblo, en lograr un matrimonio ventajoso. Era una adolescente dulce y callada que pasaba en representación la mitad de su tiempo. Así, exagerada como en la foto. Enredada en un furioso pleito interior que dura veinte años después.

El personaje que le inventamos era más bien la definición de todo aquello en lo que nunca jamás se hubiera tomado la molestia de invertir. Por encima de aquella muchacha tímida, conservadora, desesperada por adquirir un estatus, inventamos una mujer rebelde y aguerrida, una gran lectora, una luchadora social en ciernes. La realidad en plena adolescencia carece de importancia.

Cuando miro la foto observo en ese gesto forzado de adolescente el dolor de mi amiga. Ese dolor del que había que protegerla: no ser una muchacha bonita, no pertenecer a las buenas familias del pueblo. Dolores idiotas, dolores incomprensibles. Dolores muy suyos. Le dije que teníamos que largarnos muy lejos. Huir de una sociedad mezquina e injusta. Me contestó que sí. Pero ahora sé que seguramente estaba pensando en otra cosa. Soñaba con ganar un concurso de belleza, con ser la reina de un club, con casarse con un hombre importante. Ella soñaba con niños rubios correteando en su hacienda. Y se calló, porque yo nunca le hubiera perdonado verbalizarlo. Es la verdad.

Así, era obligado ser otra. No en sus elecciones y en sus actos. Fue otra en un imaginario particularmente remoto de su realidad, donde yo como su galeote me aplicaba a ir por las dos allí donde nos hubiera gustado. El personaje que las dos inventamos de mí debía significar la ruptura con el convencionalismo original y con el encierro. Ella viajaba y cambiaba de novios por procuración sin sufrimientos ni exabruptos y desde el sofá de su casa. Creo que nuestra amistad sostenía para cada una, el nudo mismo de un mal profundo, esencial, al cual aún no he sido capaz de ponerle un nombre. Un mal que tiene que ver con el principio. Con el derecho —o la falta de derecho— a existir.

El estallido post-partum no fue más que el colmo de una larga serie de señales —en los últimos tres años— que evité, que quise ignorar como quien se lanza en una carrera de obstáculos. Saltándolos mientras mira hacia otro lado. Cerrando los ojos para no indagar, para no quedarme desprovista. Para no aceptar que uno puede invertirse una vida entera justo en ese lugar inexplicable. Suena fuerte y no me basta. ¿Dónde se coloca semejante frase? ¿Dónde me coloco yo? El otro siempre está esperando a la vuelta de la esquina. Es decir, aunque a ella no quisiera escucharla nunca más, tengo que escuchar sus razones. ¿Cuál es ese “tu” a la vuelta de la esquina? ¿Quién ha sido? ¿Qué quiere? Más allá de ese pequeño horror que trae dentro y que me cuesta nombrar. Llámosle: su mal. Y hoy salgo corriendo para separar su pantano

del mío. Y porque necesita quedarse sola. Y caer. Caer en sus abismos. No quiero caer más junto a ella. No puedo permitir que me arrebate lo poco que nos queda. No puedo permitir que me explique un segundo más que aquella tarde, tantas centenas de aquellas tardes —en las cuales yo me sentí cobijada en su escucha y en su ternura— ella estaba en otro lado. “Mi poder crecía donde te sentía vulnerable, allí me vengaba”. ¿Fue siempre así? ¿Cada vez? Me está imponiendo un filtro para mirar el pasado. Un filtro de odio. Durante meses la he escuchado destruir treinta años de encuentros. “Es una manera de por fin solucionar nuestros problemas”. Se está liberando. Hasta hoy. No pienso escucharla más. Porque de pronto se me ocurre que este intento de aclarar es una más de sus oscuras batallas. Hasta que punto mi permanecer a su lado pese a todo, la confirma en ese su imaginario poder sobre mí. Como si una pudiera poseer a la otra, arrebatarle sus atributos y apropiárselos. Saquearla a golpe de rabia. Porque por fin descubro que tras su honestidad supuesta está ese gozo grande que mi dolor le provoca. Si ella puede dañarme, si soy vulnerable a su amor entonces somos la misma. Si yo sufro lo mío es de ella. Ella es, ha sido nuestra suma. Y no acepta menos. Como dos mitades que le permiten imaginarse en un absurdo estado de completud.

Quizá toda esta sorpresa y este dolor lo ofrendo a la más banal historia de mujeres. Se llama rivalidad ¿no es cierto? ¿Por qué me aterra? Tiemblo, se me va el aire, se me agolpan las lágrimas. Parezco una adolescente tomada por asalto por el mal. Gran novedad la condición humana. Pero su odio me da horror. Me paraliza su rabia. Cuanta confesión “indispensable”. ¿Qué hago yo con tres décadas de odio? Codo a codo ¿Por qué no se habrá peleado con otra? ¡Maldita sea me cae! Recontra-maldita por tanto hablar de más. Porque hubiera sido tan fácil tomar un café y reírnos de cualquier cosa. Sabernos amigas. Continuar el mito de nuestra eterna solidaridad.

¿No es acaso esa amargura, esa vida-vida la maldición original? ¿Qué nos estaba pasando? Tenía que reconocermè culpable de no sé qué. Pedir perdón de no sé qué. Explicarle que a fin de cuentas no estaba tan feliz, ni las cosas marchaban tan bien. Que un horrendo fracaso me acecha. Vendrá un golpe atroz, mortal queridísima amiga y allí, en mi desgracia, en esa que prometo como una ofrenda, allí por fin vas a ganar. A ganar no sé qué. Lo necesario para que me odies menos. Para que tu furia se calme. Para que no me desees con tanta fuerza una des-

gracia mayor que la que yo te prometo. Una que tú puedes provocar con tu deseo. Una que puede destruir mi vida para siempre. Si mi amiga me odia, si no me perdona, me van a asesinar con pica hielos a la vuelta de la esquina en un taxi de esos a los que nunca me he subido. Si mi amiga me odia voy a desbarrancarme a todas las soledades y todos los abandonos.

Le concedo demasiado, es cierto. Las fuerzas que le otorgo van bastante más lejos de todo lo que ella podría haber significado en mi vida. Me lleno de sospechas. Siento como si en el fondo trasladara a su persona, colocara en su nombre los poderes que correspondieron a otra mujer, una a la que conocí mucho antes. Una que podía causar terremotos con una mirada. Una a quien otorgaba el poder necesario para destruirme. A ella también la sobrestimé.

Viví siempre nuestra amistad en estado de gratitud. Y de deuda.

Eramos muy amigas. De una amistad íntima y excluyente. A los dieciocho años tuve otra amiga. La gran traición. Nos encontró en un café. Nos encontró riéndonos y sumidas en confidencias en ese café al que no la había invitado. Puedo reconstruir su mirada. Lo juro. Puedo sentarme hoy, en esa misma silla y recuperar el dolor que me produjo el reproche en sus ojos. Unas semanas después la busqué. ¿Cómo podía yo haber preferido un día, unas horas, un segundo a una amiga distinta? Y ella me perdonó. Me abrió la puerta como si nada hubiera pasado. Decidí que yo era mala, infinitamente mala, y ella infinitamente buena. La había traicionado y ella, como una madre amorosa me perdonaba. Su gesto me reconcilió con las mujeres. Su gesto me permitió abrir la puerta a ese universo femenino hasta entonces aterrador. No entiendo por qué experimenté como una transformación interior tan notable este hecho que hoy me parece ridículo y nimio. Pero así fue y se la debo. Personificó en la sala de su casa El Perdón de una mujer, su aceptación y esa me era, tal vez, una experiencia desconocida.

No quiero ser injusta. Hablo desde mi rabia, es cierto, pero también desde un amor de los más firmes y antiguos. Me gustaría saber cómo se desliza uno en el duelo. Y cómo se sale. Treinta años. Debería sentirme halagada. Tanto odio en algún lado debe ser un gigantesco homenaje. No pudimos terminar nuestra amistad lo que se dice: dignamente. Liberarnos. No. Nos despeñamos. Chapoteamos en la mierda. Ella obsesionada por decir. Yo obsesionada por saber. Hubo que verbalizar todo ese odio. Empantanarnos. Hubo que entrar en el absur-

do —como al firmar un acta de divorcio— de repartirnos los bienes comunes. Repartirnos cada una sus atributos. Deslindar. Cada una su historia. Así, como quien reparte muebles. Todo estaba a su nombre.

Quizá me quedé a escucharla de más, por esa especie de contrapartida que pareciera haber significado en mi vida. Si yo cambiaba de dirección cada seis meses, ella siempre estaba en la misma casa. Con los mismos muebles. Todo se movía y ella en cambio permanecía inalterable. Idéntica. Como un puente suspendido entre el pasado y yo. Un puente que me reconciliaba conmigo, que me ofrecía una sensación de coherencia. Un puente que ahora me da miedo. Me causa un secreto horror. He comenzado a repetirme al escucharla dos frases sospechosamente antitéticas: “si fueras tan distinta no la soportarías”... “no hay modo de salvarse”. Y “no eres como ella” “te salvaste”. Al parecer ambas frases indispensables.

Reconocer el discurso de la infelicidad programada. De la mujer insatisfecha. Regresar y recuperar mi parte de imposibilidad y de pantano. Mi parcela de maldición. Una imposibilidad vestida de pretensiones. Hipnotizadora. Mi amiga era un día una bomba sexual trastornando a los hombres. Al día siguiente era una sofisticada ama de casa de la alta burguesía manejando con mano firme a su vasta servidumbre encarnada en una pobre muchachita de Guerrero. Amanecía más tarde con un golpe de intelectualidad que transformaría los rumbos de su especialidad. En medio de estos brutales cambios de personaje, hay un continuo que no cambia: la insatisfacción conyugal. En el discurso, su matrimonio es como una lápida mortífera que le impide desarrollar sus talentos. Pero dieciséis años después todo sigue exactamente igual. Cuánta fidelidad a los orígenes. La misma anti-vida que nos prometió nuestra educación. ¿Cómo pude no saber leerlo? Si sé perfectamente que hay territorios donde el hombre no puede ser más que una función y la mujer una eterna insatisfecha. Donde el hombre, independientemente de lo que haga, no irá más allá de ese “hombre de paja”, siempre en la imposibilidad de satisfacer a la mujer que lo eligió. Crecimos con mujeres así. Puedo reconocerlas de inmediato. Son un golpe al estómago. Me asustan. Me amenazan como parte de un futuro posible, de una sombra que podía cubrirme en cualquier momento, en el más ligero descuido. Sumirme en un hembrismo rencoroso que puede tomar las más variadas máscaras: la castigadora, la víctima. No importa, en el fondo lo mismo, la historia circular de una mujer “condenada”

a vivir con un hombre que no la merece. Tras este discurso, aun en sus versiones más victimosas, se esconde la magnificencia de la hembra. Su abnegación, su sacrificio, su generosidad sin límites, o su inteligencia, su belleza, sus refinamientos. Todo esto junto a un bruto. A un hombre indigno.

Pero tanta sorpresa de mi parte no hace sino confirmar mi extraordinaria capacidad de negación. Es un terreno donde comienzo a sentirme particularmente dotada. Hace unos años mi amiga me visitó en París. Era la primera vez que nos encontrábamos fuera de sus territorios. No la reconocí. Caminaba detrás de una mujer gordita, con una falda larga gris y una blusa blanca inquietantemente convencionales. Una señora de vacaciones. Una señora con aires de estarse soñando a sí misma. Durante la adolescencia planeamos con muchos detalles nuestros estudios en París. Juntas. Ella eligió otras cosas. Veo en retrospectiva que jamás hubiera estado dispuesta ni siquiera a despeinarse por semejante proyecto. Para que ella viviera en París, bastaba con que yo me fuera.

Llegó a París, majestuosa y displicente. A los tres días de bajarse del avión comenzó a acribillarse a mi casi marido —con quien había cruzado dos palabras— con una curiosa ferocidad. Comentarios amargos, dolidos, increíblemente pretensivos. “Cuidate de él” me dijo con una mirada semejante al odio. Nos vimos poco, sobre todo para un encuentro planeado durante diez años. Estaba sorprendida y furiosa de no entender francés, una lengua que jamás había estudiado.

Su personaje, la verdad, me pareció como un rompecabezas del que, tuve que reconocer, hacía tiempo había extraviado las piezas. Trasplantada a la ciudad de los puentes la desconocía. Cursi. Pretensiosa. Parroquial.

No quise pensar más. Hice de ese encuentro un paquete sellado y lo guardé en un cajón. Me dije que no me correspondía juzgarla y me sentí muy generosa. En realidad, cuestionarme hubiera significado soltarla. Aceptarla. Dejarla ir. No fui capaz.

En medio estaban también su angustia y su particular afición por el derrumbe. Supongo que uno de los lazos que habían logrado mantener la amistad durante tantos años fue el de sus dramáticos derrumbamientos.

Su cara se deformaba en un rictus de dolor insoportable y comenzaba inmediatamente a hablar de su infancia. El monopolio del sufrimiento humano estaba concentrado en su infancia. “Por eso me subestimo. Siempre me he despreciado. Me juzgo con demasiada dure-

za". Una máquina perfectamente engrasada. Ella se despreciaba en voz alta y yo la consolaba. Me sumaba a su discurso, cualquier día, de la noche a la mañana y a través de un misterioso acto mágico, ella iba a amanecer completamente otra. Aquella que las dos estábamos esperando.

Qué pinche infierno la envidia. "Las migajas del banquete" me dije alguna vez atrapándome en un infiernito de estos. Arañar la vida de los otros. Las migajas como en la secuencia de una película de Herzog: una mesa bellamente servida, llena de amigos que comen y ríen. La escena cambia brutalmente. Sillas vacías y restos sobre la mesa. El sol cae y las ratas suben a la mesa a roer los desperdicios. Me lo dije saliendo del cine: "Si una no sabe estar a la cita con sus propios banquetes, te toca como a las ratas".

Quise hacer añicos el espejo. Razonable primero, después enfurecida. Dejar de ser el asidero. La máquina de coca cola que avienta el envase apenas aprietan el botón. Abandonar mi larga misión y recuperarme.

Me jodió mi amiga. No hay otra palabra. Sí, quizá: me hizo mierda. Meticulosamente. Reivindico la exactitud poética de mierda y de joder. Y en esta declaración le otorgo por fin, humilde, desamparadamente el triunfo sobre mí que buscó con tanta dedicación y durante tantos años. Fue la más lista, la más fuerte, la más cruel. Al confesarme sus odios tres décadas después me arrebató la amistad más entrañable de toda una vida. No cualquiera tiene el poder de arrojarte de repente a un presente desolado. Pero sobretodo, no cualquiera tiene el poder de obligarte a re-escribir tu pasado. A dudar de tu historia. A preguntarte si realmente estuviste allí, en esos que te parecían tus escenarios fundamentales.

Me quedé de más. Es cierto. Pero ella tenía, ella tiene algo mío. Algo que yo deposité en sus manos. Ella tiene en algún lado una especie de pequeño baúl de madera vieja donde ha guardado mi infancia y mi adolescencia. Estoy marcada por sus ojos. Marcada por esos espacios vastos donde convergen los recuerdos. Es mi memoria y mi testigo.